

Exhortaciones de la Iglesia sobre la educación

Msc. Alexis Rodríguez Vargas*

Las orientaciones previstas por la Iglesia sobre educación son permanentes y diversas a lo largo de la historia del Papado. Cada Papa reconoce la importancia del proceso formativo de la persona a través de la educación. Por tanto, en este capítulo se prevé como objetivo analizar los principales referentes y orientaciones del Magisterio de la Iglesia sobre los grandes desafíos y riesgos que enfrenta la formación en el marco católico y su relación con la ciencia, la tecnología y la educación. Todo ello con el ánimo de establecer unas notas de referencia que permitan a las comunidades educativas analizar la propuesta de la Iglesia respecto a sus procesos de formación.

Un método de análisis de la Iglesia sobre el fenómeno de la educación

Es importante iniciar el tema con una presentación del método, seguida de la forma como procedemos con la reflexión. Si bien el método es el que tradicionalmente utiliza

* Presbítero. Vicerrector de Relaciones Internacionales y Desarrollo Institucional de la Universidad Católica de Costa Rica. alexisr@ucatonica.ac.cr

la Iglesia, denominado *el método del ver, juzgar y actuar*, no es necesariamente el único a seguir en el contexto de las instituciones. Sí es una ayuda estructural para organizar el pensamiento en torno a nuestro objeto de interés, la educación, en especial desde el marco del pensamiento de la Iglesia. Los principios generales de la Doctrina Social de la Iglesia se llevan a la práctica comúnmente a través de tres fases: *ver, juzgar y actuar*. El *ver* es un examen completo del verdadero estado de la situación. El *juzgar* es una valoración exacta a través de los principios. El *actuar* es una determinación de lo posible o de lo obligatorio para aplicar de acuerdo con las circunstancias de tiempo y lugar.

En términos eclesiales, se invita a las instituciones a que, en sus contextos académicos y organizacionales, generen la disposición para el “encuentro con la persona de Cristo” por medio de la palabra revelada en el Evangelio y la vivencia de los principios, en especial con el culmen de la vida espiritual, los sacramentos en la comunidad. Esto con el fin de que, en la cotidianidad, la cultura universitaria refleje en su dinámica la luz de la Providencia y sea valorada la formación y la vida según la invitación de Nuestro Señor Jesucristo, quien es camino, verdad y vida (Juan 14, 6), y actuemos desde la Iglesia, cuerpo místico de Cristo y sacramento de salvación.⁸¹

La fase de *ver* invita a la comunidad educativa a realizar un reconocimiento de las caracte-

rísticas de la educación cristiana católica en el marco de su identidad. Para esto es pertinente realizar esta pregunta: *¿qué implica para la institución universitaria identificarse como católica, frente a otras que no lo son?* Este ejercicio invita a reconocer las responsabilidades de la institución respecto a los compromisos con la familia, la gestión de la organización, las personas y, en términos generales, la visión global o influencia que la institución tiene en la sociedad en el marco del mensaje del Evangelio.

Las preguntas deben orientar la reflexión y acción a la cultura, pues “vivimos un cambio de época cuyo nivel más profundo es el cultural. Se desvanece la concepción integral de ser humano, su relación con el mundo y con Dios; *‘aquí está precisamente el error de las tendencias dominantes en el último siglo... Quien excluye a Dios de su horizonte, falsifica el concepto de la realidad y solo puede terminar en caminos equivocados y con recetas destructivas’*.”⁸²

Surge hoy una fuerte influencia del mundo consumista, de la búsqueda enfermiza de placeres. “Cuando la vida interior se clausura en los propios intereses, ya no hay espacio para los demás”.⁸³ Tiene lugar, entonces, una sobrevalorización de la subjetividad individual; independientemente de su forma, la libertad y la dignidad de la persona son reconocidas. El individualismo debilita los vínculos comunitarios y propone una

82 *Ibíd.*, n.º 44.

83 PAPA FRANCISCO. Constitución Apostólica *Evangelii Gaudium*, n.º 2, 26 de noviembre de 2013.

radical transformación del tiempo y del espacio, dando un papel primordial a la imaginación. Los fenómenos sociales, económicos y tecnológicos están en la base de la profunda vivencia del tiempo, al que se le concibe fijado en el propio presente, lo que genera concepciones de inconsistencia e inestabilidad. Se deja de lado la preocupación por el bien común para dar paso a la realización inmediata de los deseos de los individuos, a la creación de nuevos y, muchas veces, arbitrarios derechos individuales y a los problemas de la sexualidad, la familia y la muerte.

Frente a estas realidades, la universidad católica se encuentra ante el desafío del modo de ser católica y de dar testimonio de la experiencia de encuentro con el Señor Jesús en sus actuaciones institucionales en la sociedad. Esto a fin de que la fe cristiana arraigue en lo más profundo del corazón de las personas y los pueblos como acontecimiento fundante y encuentro vivificante con la Persona de Cristo. Esta renovación de la universidad requiere actitudes nuevas en la comunidad educativa. La primera es ser auténticos discípulos, porque solo una persona enamorada de Jesucristo está en capacidad de transformar las acciones educativas en el contexto universitario, vivir el constante anhelo de buscar a los alejados y no contentarse con la simple administración.⁸⁴

La configuración de la universidad católica, de la actitud de la comunidad educativa, tiene

84 EPISCOPADO LATINOAMERICANO Y DEL CARIBE. Documento *Aparecida*, op. cit., n.º 201.

como trasfondo la reflexión y el reconocimiento de los problemas que la aquejan para responderle a Él. Dice el Papa Francisco:

Este es el momento para decirle a Jesucristo: “Señor, me he dejado engañar, de mil maneras escapé de tu amor, pero aquí estoy otra vez para renovar mi alianza contigo. Te necesito. Rescátame de nuevo, Señor, acéptame una vez más entre tus brazos redentores”. ¡Nos hace tanto bien volver a Él cuando nos hemos perdido! Insisto una vez más: Dios no se cansa nunca de perdonar, somos nosotros los que nos cansamos de acudir a su misericordia. Aquel que nos invitó a perdonar “sesenta veces siete” (Mt 18,22).⁸⁵

El encuentro con la persona de Cristo, en la cultura académica, no puede ser una comprensión histórica, teórica o conceptual. Este encuentro demanda un acto de conocimiento profundo por descubrir un sentido, una experiencia que como comunidad educativa movilice al cambio, orientada por la persona de Cristo. Ese es el sentido de las palabras de Benedicto XVI: invitar a tener una apertura al Evangelio, pues “no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”. El magisterio de la Iglesia Católica comprende desde la Encíclica *Gadium et Spes*⁸⁶ que la cultura le permite al hombre afinar y desarrollar todas sus múltiples cualidades espirituales y corporales.

85 PAPA FRANCISCO. Constitución Apostólica *Evangelii Gaudium*, n.º 3, 26 de noviembre de 2013.

86 PAPA PABLO VI. Constitución Pastoral *Gadium et Spes*, 7 de diciembre de 1965.



Con ella se pretende someter todo al dominio de la persona, por el conocimiento y el trabajo, el orbe mismo de la tierra, haciendo más humana la vida social mediante el progreso de las costumbres e instituciones.

Es necesario que la universidad consolide un “modus” de entender las realidades que le circundan respecto a la persona, la historia y la cultura. En línea con el pensamiento de Lyotard⁸⁷, se invita a la universidad a comprender la modernidad no como una época, sino como un modo de entender el mundo y el lugar del ser humano en el cosmos a partir de los llamados *megarrelatos*. Esta actitud frente a las reflexiones de la posmodernidad debe presentarse reconociendo aspectos contradictorios y cuestionadores, como la exaltación de la subjetividad y de la individualidad o el relativismo, acompañados de una mentalidad pragmática y hedonista con serias consecuencias en el campo de los valores humanos y cristianos.⁸⁸

En su reflexión, Bauman (2004) reconoce la realidad que actúa como una modernidad líquida, un tiempo marcado por el cambio, la transitoriedad, las relaciones precarias y superficiales, sin responsabilidad hacia el otro debido al individualismo predominante. En este escenario, llama especial atención la experiencia más íntima y profunda del ser humano: la del amor. Este se convierte en

87 LYOTARD, Jean-François. *La condición postmoderna*. Madrid: Cátedra, 1989.

88 PAPA JUAN PABLO II. *Mensaje del Santo Padre Juan Pablo II a los participantes en el Primer Congreso Continental Latinoamericano de Vocaciones*, Itaiçi-São Paulo, 23-27 de mayo de 1994.

un “amor flotante”, se reduce a un vínculo sin rostro que ofrece la web, “surfeamos en las olas de una sociedad líquida siempre cambiante —incierto— y cada vez más imprescindible es la decadencia del estado del bienestar”.⁸⁹

La expresión histórica de este hecho descrito por Bauman no tiene precedentes. La única regla empírica que puede guiarnos es la relevancia transitoria del tema; una relevancia que, al cambiar de un momento a otro, hace que las proporciones de conocimiento asimiladas pierdan su significación tan pronto como fueron adquiridas y, a menudo, mucho antes de que se les haya dado un buen uso. Esta realidad constituye en sí un reto para la educación. Se debe aprender a vivir con y en estas dinámicas, se debe aprender el arte de vivir en un mundo sobresaturado de información y, aún más difícil, aprender el arte de preparar a las próximas generaciones para vivir en semejante mundo.

Los aspectos descriptivos, desde la perspectiva metodológica del ver, permiten el reconocimiento de elementos que introducen la segunda perspectiva metodológica: el *jużgar*. La educación cristiana o la identidad de la formación cristiana católica parte del reconocimiento de que la evangelización y la educación se necesitan mutuamente. La propuesta o el proyecto educativo cristiano se orientan e invitan a que el pedagogo eduque hacia un proyecto de ser humano en el que habite Je-

89 BAUMAN, Zygmunt. *Modernidad líquida*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2004.

sucristo, con el poder transformador de una vida nueva. Esta propuesta se fundamenta en el hecho de que la institución debe estar en capacidad de proponer e introducir a las personas en la dimensión espiritual y acompañar al discernimiento de una expresión religiosa como un horizonte último de todos los saberes. Este es el inicio y fundamento, desde la visión de institución católica, para realizar verdaderos cambios en la educación cristiana y para asumir los retos de la globalización y del cambio de época.

En esta línea de pensamiento, es necesario ampliar los responsables y agentes de formación dentro de lo que tradicionalmente se ha conocido como *comunidad educativa*. La exhortación apostólica *Familiaris Consortio*⁹⁰ permite interpretar que la familia, aun siendo la primera comunidad educadora, no es la única, y se infiere su articulación con las instituciones educativas, entre ellas las de educación superior. La estrecha relación entre los agentes de la educación y la familia no debe desconocer la misma dinámica y realidad a las que se ha visto abocada la familia. Es común encontrar otras expresiones de relación humana asociadas al concepto tradicional de familia. Todas estas son un efecto y realidad del citado momento histórico y, a su vez, son un reto de diálogo y comprensión humana y fraterna, donde se abre la posibilidad de reconocer la expresión católica de la familia y su sentido trascendente como oportunidad y propuesta de desarrollo de la persona humana.

90 PAPA JUAN PABLO II. Exhortación Apostólica *Familiaris Consortio*, 22 de noviembre de 1981.

Las realidades a las que se enfrentan las instituciones de educación superior en el proceso de formación evidencian la existencia de un número significativo de problemas: drogadicción, pornografía, abusos sexuales y alcoholismo, por citar solo algunos de los más frecuentes. Sin embargo, también reconoce las oportunidades que se gestan en los medios de comunicación y en los diferentes escenarios de la vida social.

Por otra parte, las orientaciones previstas en *Ex Corde Ecclesiae* enuncian y describen diferentes aspectos que son considerados elementos identitarios de la universidad católica. No obstante, llama la atención la exhortación a la formación en una “auténtica antropología cristiana”,⁹¹ característica fundamental del proceso formativo y con la cual se espera dar una alternativa o propuesta que permita enriquecer la formación respecto a quién es el hombre. Pregunta que también es objeto de reflexión de la pedagogía.

La comprensión del hombre puede asumirse desde diferentes enfoques o escuelas antropológicas que vislumbran una explicación. Estos marcos son un insumo fundamental para el proceso formativo en la universidad. Cada propuesta antropológica demanda especificidades respecto a los fines formativos que se proyectan en el modelo educativo de la institución. Las universidades católicas tienen una riqueza que se nutre de la propuesta misional de la Iglesia, en la que

91 PAPA JUAN PABLO II. Encíclica *Ex Corde Ecclesiae*, n.º 5, 15 de agosto de 1990.



se reconoce al “hombre como creatura hecha a imagen y semejanza de Dios”. Por tanto, la proyección del quehacer académico en la universidad católica debe priorizarse, como lo cita la encíclica *Ex Corde Ecclesiae*:

Es en el contexto de la búsqueda desinteresada de la verdad que la relación entre fe y cultura encuentra su sentido y significado. «Intellege ut credas; crede ut intellegas»: esta invitación de San Agustín vale también para la Universidad Católica, llamada a explorar audazmente las riquezas de la Revelación y de la naturaleza, para que el esfuerzo conjunto de la inteligencia y de la fe permita a los hombres alcanzar la medida plena de su humanidad, creada a imagen y semejanza de Dios, renovada más admirablemente todavía, después del pecado, en Cristo, y llamada a brillar en la luz del Espíritu.

El reto de la Universidad Católica en la modernidad se orienta a renovar la propuesta del hombre a imagen de Dios. Sin desconocer las demandas sociales y académicas, tiene en cuenta la prioridad de lo ético sobre lo técnico, de la persona humana sobre las cosas, de la superioridad del espíritu sobre la materia. Solamente servirá a la causa del hombre el saber si está unido a la conciencia. Los hombres de ciencia ayudarán realmente a la humanidad solo si conservan el sentido de la trascendencia del hombre sobre el mundo y de Dios sobre el hombre.

La visión antropológica cristiana no debe ser ajena a la Universidad Católica, ya que los educadores o docentes son allí multiplicadores del *telos*; son ellos los primeros llamados a dialogar sobre las bondades que tiene la experiencia de fe, trascendencia y compren-

sión de la ciencia; realidades a las que se ven enfrentados los educandos. El testimonio de personas tocadas por la acción del *Espíritu Santo* habla de la apertura que tiene el hombre por la verdad, evidenciada en la cotidianidad, en la co-existencia y, aún más, recurriendo a la categoría del Papa Francisco, en el *encuentro* de enriquecimiento de los saberes entre la ciencia y la fe, algo propio del hombre universitario.

Las expresiones de la Iglesia no cesan de presentar riqueza continuamente. El Santo Padre Francisco invita a comprender los lenguajes presentes en el hombre. El “lenguaje de la cabeza” para entender el arte de pensar fortaleciendo la capacidad de raciocinio y el uso del pensamiento crítico; el “lenguaje de las manos”, un saber hacer para, a través de la educación, ser capaz de impactar positivamente a la sociedad de los diferentes intangibles; por último, el “lenguaje del corazón”, donde el hombre debe sentir, encontrando dentro de sí la motivación que impulsa con alegría y amor al continuo aprendizaje.

El Magisterio, por medio de la encíclica *Evangelii Gadium* (n.º 2), reflexiona sobre la actual condición cultural, caracterizada por el consumismo, el individualismo y la búsqueda de placeres superficiales; experiencias que llevan al hombre a olvidar el encuentro y la relación consigo mismo, con el otro y con Dios. Estas condiciones, por supuesto, tocan la vida del católico y pueden llevarlo a una experiencia sin una opción de una vida digna y plena. Por tanto, es necesario generar la consideración y construcción de una vida

plena que se inspire en el espíritu y que brota del corazón de Cristo resucitado, que resucita al hombre.

Asimismo, en esta encíclica se reconoce que los desarrollos humanos con la tecnología pueden brindar la oportunidad de multiplicar las experiencias de placer y sensaciones, pero carecen de condiciones y espacios de encuentro para recrear una verdadera alegría desde la cotidianidad de la existencia humana, que se funda en la experiencia de encuentro con las personas y, de ahí, con la persona de Cristo. En palabras del Santo Padre Benedicto XVI, “no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con el acontecimiento, con una persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”.⁹²

El reto de presentar a los jóvenes universitarios la experiencia de una verdadera felicidad demanda una actitud nueva. Lo demuestra la actitud de la Iglesia en salida,⁹³ donde se reconoce una pastoral en conversión, desde el corazón del Evangelio, para la renovación misionera y el abandono de las estructuras caducadas que ya no favorecen la transmisión de la fe. Es la oportunidad de escuchar con atención a los jóvenes y discernir lo que el espíritu está diciendo a través de los signos de los tiempos en los que Dios continúa

manifestándose.⁹⁴

Este marco de reflexión, el Papa Francisco lo desarrolló con mayor profundidad en el discurso dirigido a un grupo de líderes de la Iglesia en Italia el 10 de noviembre de 2015. Identificó al humanismo como una misión de orden cristocéntrica, que no debería ser exclusivamente abstracta, y ofreció algunos ejemplos prácticos de lo que significa para la Iglesia abrazar el nuevo humanismo en estos días. El Papa Francisco invita a que el humanismo signifique vivir cerca de las personas y exhibir las siguientes características: “Ser popular, humilde, generoso y feliz”.

El enfoque pedagógico adoptado por Francisco es claro: usar lo que podría ser un concepto abstracto (como el humanismo) y ubicarlo en la vida diaria y en la experiencia de los cristianos. Si bien esto podría parecer simplista, sugiere que la realidad es bastante diferente. El Papa Francisco ha reconocido la profundidad de los desafíos enfrentados por la Iglesia en su misión, en especial la pérdida de la gramática de la teología y de las expresiones culturales de la fe, fundamentalmente en el medio de la piedad popular. Para el Papa Francisco, un humanismo cristocéntrico es una capa de apoyo necesario para una “educación ecológica” y constituye una respuesta apropiada a la emergencia educativa diagnosticada por el Papa Benedicto XVI.

92 Papa Benedicto XVI. Carta Encíclica *Deus Caritas Est*, 25 de diciembre de 2005.

93 EPISCOPADO LATINOAMERICANO Y DEL CARIBE. Documento *Aparecida*, op. cit., n.º 236-372.

94 *Ibíd.*, n.º 2, 29.



Educar en la fe no es una empresa fácil. En realidad, la labor de educar parece cada vez más compleja y difícil. Por esto, se habla de la gran “emergencia educativa”, de la creciente dificultad que se encuentra para transmitir a las nuevas generaciones los valores fundamentales de la existencia y un correcto comportamiento. Dificultad que aparece tanto en la escuela como en la familia y, se podría decir, en todos los demás organismos que tienen finalidad educativa. Esta realidad exige un esfuerzo por encontrar nuevas formas pedagógicas de adelantar el proceso formativo. En cierto modo, constituye un reto identificar las maneras en que se puede desarrollar la vocación de las personas, del laico, al encontrar un camino educativo que permita llevar a la realización de la persona.

El desarrollo de esta propuesta se puede proyectar y trabajar desde los planteamientos del “humanismo integral” para enfrentar los desafíos derivados de un sistema de consumismo que ha limitado las posibilidades de desarrollo de la persona humana para vivir con los demás). En este escenario, nos dice el Papa Francisco, el pensamiento educativo católico debe estar marcado por el diálogo como una importante herramienta para la Nueva Evangelización, donde se lleva el mensaje del Evangelio a la sociedad en general como un aporte al bien común.

El Papa Francisco, en la encíclica *Amoris Laetitia*,⁹⁵ menciona la necesidad de “reforzar

la educación de los hijos”. Reconoce y exalta que la educación nace de la misma esencia de la familia como “comunidad de personas”. En tal sentido, se afirma la importancia de integrar a las familias en el proceso de formación, no de aislarlas ni mucho menos prescindir de ellas. Las instituciones católicas deben ser conscientes de que los estilos y el ritmo de vida, el trabajo y las ocupaciones dificultan el encuentro entre padres e hijos. Por tanto, se deben crear espacios de encuentro, de diálogo sereno y tranquilo en el seno de la institución educativa que faciliten el desarrollo del papel educativo de los padres frente a los hijos. Aún más, brindar acompañamiento sobre la base de prácticas o experiencias exitosas en el seno de los estudios y la comprensión académica respecto a la orientación familiar.

El acompañamiento a las familias debe permitirles trabajar en las inseguridades del actual sistema socioeconómico y cultural. Este imprime en los padres temor e inseguridad en el ejercicio de la paternidad y genera en las familias una ansiedad continua. Además, las instituciones educativas, en constante interacción con la cultura, se encuentran con la realidad de “nuevas expresiones de la familia” donde es evidente la carencia de uno de los padres o nuevas estructuras que marcan la vida familiar, la educación de los hijos y su integración en la sociedad. “Estas realidades privan a los niños de modelos apropiados para el desarrollo”.

Por otra parte, el surgimiento social de algunas ideologías que se imponen como un

95 PAPA FRANCISCO. Exhortación Apostólica Postsinodal *Amoris Laetitia*, 16 de marzo de 2016.

pensamiento único generan confusión en el proceso de educación de los niños y niñas.

Se trata de la ideología denominada *gender*,⁹⁶ que “niega la diferencia y la reciprocidad natural de hombre y de mujer” y concibe una sociedad sin diferencias de sexo y vacía del fundamento antropológico de la familia. Promueve proyectos educativos y directrices legislativas que suscitan una identidad personal y una intimidad afectiva radicalmente desvinculadas de la diversidad biológica entre hombres y mujeres. La identidad humana está determinada por una opción individualista, que también cambia con el tiempo. Esta ideología parece ignorar el sexo biológico (*sex*) y que el papel sociocultural del sexo se puede distinguir, pero no separar.

La segunda ideología que se impone proviene de la revolución biotecnológica en el campo de la reproducción humana: introduce la posibilidad de manipular el acto generativo, convirtiéndolo en algo independiente de la relación sexual entre hombre y mujer. De este modo, la vida humana, así como la paternidad y la maternidad, se han convertido en realidades componibles y descomponibles, sujetas principalmente a los deseos de los individuos o de las parejas.

96 La FAO (1997) define el género como “las relaciones entre hombres y mujeres, tanto perceptivas como materiales. El género no se determina biológicamente, como resultado de las características sexuales de mujeres u hombres, sino que se construye socialmente. Es un principio organizador central de las sociedades, y a menudo rige los procesos de producción y reproducción, consumo y distribución”. A pesar de esta conceptualización, el género a menudo se malinterpreta como una promoción de mujeres solamente. Sin embargo, como vemos en la definición de la FAO, los temas de género se centran en las mujeres y en la relación entre hombres y mujeres, sus roles, acceso y control sobre los recursos, división del trabajo, intereses y necesidades. Las relaciones de género afectan la seguridad del hogar, el bienestar familiar, la planificación, la producción y muchos otros aspectos de la vida (Bravo-Bauman, 2000).

Otro de los retos que enfrenta el proceso educativo son los medios de comunicación y los avances tecnológicos. “Es cada vez mayor el tiempo que se dedica a los medios de comunicación y a la tecnología de la distracción”.⁹⁷ Esto provoca, en cierto modo, que los padres deleguen en estos medios la educación de sus hijos e hijas, renunciando a este “derecho y responsabilidad primaria”; un derecho esencial e insustituible que deben defender. Los demás agentes educativos (entre los que figuran la escuela y los medios de comunicación) están exhortados a comprender que nunca deben sustituir el derecho y el deber de los padres, sino que deben complementarlo. Por último, se reconoce como reto de trabajo en el contexto educativo la pérdida de sentido crítico frente a las influencias que recibe la familia desde la publicidad. Esto puede llevar a que la familia renuncie a ser el espacio privilegiado de la sociedad primera.⁹⁸

Propuesta educativa presente en *Amoris Laetitia*

El papel de la familia es fundamental en el proceso educativo. “Los padres siempre inciden en el desarrollo moral de sus hijos, para bien o para mal”, y los hijos no son espectadores pasivos de la dinámica familiar. Desde edades muy tempranas adquieren y son influenciados por las conductas de sus referentes familiares. Esta realidad nos hace tomar conciencia de la complejidad del proceso formativo y es la base para la invitación a una apertura y a reconocer aspectos fundamentales de la educación de

97 PAPA FRANCISCO. Exhortación Apostólica *Postsinodal Amoris Laetitia*, n.º 176.

98 *Ibíd.*, n.º 274, 276.



los jóvenes. En tal sentido, esto se evidenció en la presentación realizada en el Congreso Interamericano de Educación Católica, celebrado en São Paulo (Brasil) del 13 al 15 de enero de 2016, donde el Papa Francisco advierte contra la tentación de una educación elitista y nominalista (centrada en el contenido) y propone una educación de “la mente, del corazón y de las manos”. Es decir, una educación que abarque todo lo humano, “porque la persona para sentirse persona tiene que sentir, tiene que pensar y tiene que hacer”.

Claves educativas para la formación ética de los jóvenes

Las orientaciones previstas por el Papa Francisco rescatan la experiencia humana y la cotidianidad. Conforman un conjunto de acciones que son de fácil comprensión, pero un reto en la cotidianidad del proceso educativo. Entre ellas se presentan: la necesidad de educar en y desde la confianza básica como experiencia fundamental para un adecuado desarrollo afectivo y ético; educar de una forma consciente, entusiasta, razonable y apropiada,⁹⁹ que se evidencia en comportamientos concretos; educar con y desde el ejemplo, ya que los niños y niñas necesitan siempre referentes valiosos en los que —aunque sea de modo imperfecto— vean realizados los valores que se esperan alcanzar; y educar en la voluntad y “el gusto por el bien”, impulsando el “desarrollo de

hábitos buenos e inclinaciones afectivas a favor del bien”.¹⁰⁰

En este sentido, no se puede ignorar que una de las principales tareas de la familia es educar en y desde la capacidad de esperar, puesto que la postergación no es negar el deseo, sino diferir su satisfacción.¹⁰¹ Asimismo, es importante que se eduque en y para la libertad y para la responsabilidad. Una libertad que se fortalece y educa a través de la vida virtuosa, favoreciendo el desarrollo de habilidades como la empatía, la responsabilidad, la disciplina, la ascesis y el autodomio. Una educación que puede llegar a reconocer o educar para la dificultad, pues logra madurar al educando cuando se le muestran los límites humanos como la enfermedad y la muerte.¹⁰²

Dentro de los retos de la formación integral, no se puede desconocer la necesidad de incluir la educación de las pasiones y la sexualidad como una forma de contrarrestar los efectos de una sociedad banalizada y empobrecida en estos aspectos. Es necesario dialogar con los jóvenes para guiarlos por un camino de autoconocimiento y autodomio, seguir un proceso gradual de desarrollo biológico, psicológico, social y espiritual sobre los impulsos propios del corazón y de la sexualidad. Esto implica un conocimiento del significado del propio cuerpo, integrar la conciencia del erotismo y el placer como

99 *Ibíd.*, n.º 259

100 *Ibíd.*, n.º 264,

101 *Ibíd.*, n.º 275.

102 *Ibíd.*, n.º 277

una manifestación específicamente humana de la sexualidad. Se trata de educar las emociones y los instintos para no caer en el exceso, el descontrol o la obsesión por un solo tipo de placeres que terminan por debilitar y enfermar al placer mismo.¹⁰³

En este contexto es importante cuidar un sano pudor, como una defensa natural de la persona que resguarda su interioridad, su intimidad y evita ser convertida en un puro objeto de los sentidos. Estos retos no se pueden abordar sin una educación en y para la solidaridad humana, esto es, educar en la humanidad y para la trascendencia de la persona.

Cómo asumir los retos en las Universidades Católicas

Es importante que estas instituciones, frente a los retos expuestos, procedan sobre la base de aspectos o soportes que permitan no solamente consolidar un proceso educativo, sino proyectar a la persona ante el mundo con una cosmovisión fundamentada en la experiencia de la Doctrina y, aún más importante, en la experiencia del Evangelio o, mejor, del encuentro con la Persona de Cristo. De esta forma, un aspecto constitutivo del proyecto educativo es el sentido de trascendencia, un desarrollo de la dimensión espiritual humana, donde el educando, en ejercicio de sus facultades, descubre una vocación y una orientación en su quehacer profesional. Esta experiencia se da en el seno de la vida académica. Por su naturaleza, las universidades ejercen una atrac-

ción que busca integrar la vida emocional y la vida intelectual, la búsqueda de la verdad y el encuentro con la certeza del saber para poder ser y hacer de manera serena y metódica.

La universidad debe despertar en el estudiante la sensibilidad por lo bueno, por su experiencia afectuosa, alegre y compasiva frente al otro que se proyecta a la comunidad y a la sociedad. Esta experiencia de lo bueno se suma a la experiencia de lo bello. Descubrir en el saber la belleza que guarda la creación es el paso para el encuentro con la “belleza esencial”. Las experiencias de la vida universitaria deben despertar y fortalecer la dimensión espiritual como expresión de la realidad más profunda del ser humano en búsqueda de sentido, sin la cual no podría hablarse de la persona humana. Es en el interior del ser humano, en el espíritu, donde reposan las motivaciones últimas, ideales; utopías que inspiran la vida de la persona, que le imprimen una pasión, una mística que mueve al ser y lo motiva, junto con otros, a asumir la vida con perspectiva co-creadora. El producto de esta experiencia formativa brinda al educando un punto fundamental de referencia sobre el cual construye y articula todas sus elecciones y su posición frente al mundo, la realidad y la historia que le correspondió vivir, haciendo posible edificar una opción fundamental donde se gesta la experiencia religiosa de la vida.

Un aspecto adicional recae sobre la importancia de reconocer el proceso formativo y educativo, articulado con la experiencia cristiana católica de la vocación. La vocación es

103 *Ibíd.*, n.º 148.



el llamado que hace Dios al hombre frente al mundo. El estudio de una profesión no es ajeno a esta interpretación y comprensión cristiana de su vida profesional. Por tanto, se debe trabajar en la construcción de una cultura vocacional en la universidad, que se puede desarrollar en clave teológica, en alusión a la mentalidad de consolidar un conjunto de principios y sentidos de la realización de la persona humana en relación con Dios. Este es uno de los puntos de referencia en la construcción del telos de la persona frente a la comunidad y su identidad.

La consolidación de estas ideas y prácticas dispone a la persona para tener una experiencia de espiritualidad vocacional, asumida como el conjunto de motivaciones que dan significado e impulso a la realización de la persona humana en relación con los demás y con Dios. Este es el paso a una comprensión que brinda la teología sobre la vida, donde una experiencia individual y personal del educando genera espacios para la comprensión de la relación con el otro y con un sentido de trascendencia.

Para acompañar a la comunidad educativa en este campo, es importante que la institución genere una pedagogía vocacional —una práctica y estilo de vida en la cultura universitaria—, entendida como un proceso educativo donde, bajo el criterio de coherencia, se permite que la teología se traduzca en gestos consecuentes de la vida diaria. El fomento

de la cultura vocacional así entendida lleva a que la Iglesia —es decir, todos los laicos que integran la comunidad educativa— asuma la responsabilidad de orientar al educando en su proceso de formación con el ejemplo para que encuentren modelos de vida configurados según el llamado del Evangelio.

La tercera recomendación se orienta a reconocer la importancia de la formación espiritual de la persona. En este sentido, se debe retomar la importancia de trabajar en la premisa de que ser cristiano es la opción que hace la persona por el seguimiento a la *Persona de Jesús*. En esta espiritualidad, el educando se reconoce como instrumento de Dios y se motiva e impulsa a trabajar con un sentido de vida para instaurar el reino de Dios, de Justicia, entre los hombres.

Es importante que las universidades católicas reconozcamos la existencia de una inteligencia espiritual y la prioridad de trabajarla desde los procesos de formación. La inteligencia espiritual es una modalidad de inteligencia que también se denomina *existencial* o *trascendente*. Completa el mapa de las inteligencias múltiples que desarrolló, hace más de dos decenios, Howard Gardner. Nos referimos a una inteligencia que nos faculta para preguntarnos por el sentido de la existencia, para tomar distancia de la realidad, para elaborar proyectos de vida, para trascender la materialidad, para interpretar símbolos y para comprender sabidurías de vida.